

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

El 6 de este mes se abrieron en Viena las conferencias de los prelados Católicos de Austria. Hé aquí lo que dice acerca de esto un periódico extranjero:

«Los 64 prelados, que se han reunido, precedidos del clero parroquial y del cabildo de la iglesia de San Esteban, se dirigieron en solemne procesion desde el palacio arzobispal á la catedral, en la que entraron por la puerta mayor que solo se abre en circunstancias muy solemnes. Una multitud inmensa se apiñaba en el interior de la iglesia y en la plaza de San Esteban, y la atención pública se fijaba especialmente en los cardenales Viale-Prela, Rauscher, Schwarzenberg, en el primado de Hungría y en el arzobispo de Milan. Despues de la misa mayor, volvieron con el mismo orden los obispos al palacio arzobispal donde se abrieron las conferencias con un discurso del cardenal Viale-Prela (el nuncio del Papa).»

Segun la *Gaceta* austriaca, los individuos del episcopado reunidos en Viena han tenido el honor de ser recibidos por el emperador el dia 12, á la una, en audiencia solemne y de presentar á S. M. un mensaje redactado en latin

por el Emmo. cardenal príncipe-arzobispo de Viena. El emperador, segun refiere el *Volksfreund*, respondió con una alocucion tambien en latin, en la que S. M. aseguró que cumpliria inviolablemente su palabra imperial y el concordato celebrado con la Santa Sede. Esta alocucion terminaba con estas palabras: «Tened confianza en mí, como yo la tengo en vosotros.» Los altos dignatarios de la Iglesia quedaron muy prendados de esta tan benévola acogida. El emperador conversó luego afectuosamente con cada uno de los prelados en su lengua nacional.—Despues de la audiencia, los prelados se dirigieron al palacio del Nuncio apostólico para presentar á este sus homenajes. El Emmo. cardenal-arzobispo príncipe de Schwarzenberg fué quien en esta ocasion, asi como en la audiencia imperial, llevó la palabra en nombre de todos los obispos. El Nuncio recibió estos homenajes como dirigidos á Su Santidad, cuyo representante es, pero el cardenal Schwarzenberg replicó que esos homenajes eran la espresion del reconocimiento de todo el episcopado por los servicios personales que el Nuncio habia prestado á la Iglesia de Austria por su cooperacion al

Concordato, y que los obispos dirigirán un mensaje especial al Santo Padre para rendir á Su Santidad el homenaje de su gratitud y de su veneracion. Muy luego se publicarán el mensaje de los obispos y la respuesta del emperador.

En cuanto al Cardenal Schwarzenberg, no dejan de ser interesantes las siguientes noticias biográficas que hallamos en un periódico:

«Ese ilustre cardenal, que aun cuando es todavía muy jóven, pues nació en Viena el año 1809, es ya el mas antiguo de los cardenales austriacos, pues á los 27 años de edad fué nombrado arzobispo de Salzburgo (ahora lo es de Praga) y en 1842, es decir, á los 33 años fué elevado al cardenalato, se ha distinguido por su actividad y su incansable afan por restaurar las buenas costumbres y la disciplina eclesiástica, y él fue de quien Dios se valió para que de en medio de los disturbios que agitaron la Europa en 1848 saliese la renovacion de los concilios y los inaugurase con el célebre de Wurtzburgo, que fué, digámoslo así, la primera señal de la nueva era de libertad y de prosperidad que se preparaba á la Iglesia católica en Austria.»

Segun con fecha 10 del corriente escriben de Roma al *Univers* de Paris del 16, parece que el dia designado para el bautizo solemne del príncipe imperial, es el 21 de junio, aniversario de la coronacion de Pio IX. Esto, al menos, es lo que se dice, así como tambien que los prelados que acompañarán al cardenal Patrizzi á Paris serán Mons. Capalli, consejero de Estado y secretario de la Sagrada Congregacion de Ritos; y Mons. Franchi, último encargo que fué de Negocios en Madrid. Se está ya preparando

la rica y elegante envoltura que ofrece el augusto padrino.

Dicha correspondencia de Roma dá otra noticia de no pequeño interés religioso. Parece que el presbitero americano Eyzaguirre, autor de la obra intitulada *El Catolicismo en presencia de las sectas disidentes*, ha ofrecido la cantidad de sesenta mil duros para que se funde en Roma un Seminario para la América meridional, para cuya fundacion se dice que el Santo Padre ha ofrecido tambien ocho mil duros. Créese que este Seminario será independiente del otro que se proyecta establecer para la América del Norte. Déjase conocer los grandes bienes que el establecimiento de estos Seminarios proporcionaria á nuestros hermanos americanos.

Hé aquí lo que en correspondencia de Rusia publica la *Civiltá* en sus cuadernos de 1.º de febrero y de 1.º de marzo:

«La Iglesia católica de Rusia ha perdido recientemente á su Gefe por haber muerto el Ilmo. Sr. Ignacio Holowinski, arzobispo de Mobilew y metropolitano de todas las Iglesias católicas romanas del imperio. Su última enfermedad ha sido larga y penosa; y precisamente cuando una mejoría pasajera le hacia esperar su curacion, el médico le anunció que á lo sumo no le quedaban mas que dos dias de vida. Dió gracias al médico por esta noticia que llamaba buena nueva, hizo venir á su confesor, y poco despues, en presencia de los seminaristas y del clero católico de San Petersburgo, recibió el Santo Viático. Dirigiendo luego la palabra á los que se hallaban presentes, les exhortó á vivir conforme á la dignidad de su estado sacerdotal, y mostró tales sentimientos de celo y de piedad, que todos partici-

paron de su emocion y se retiraron penetrados de tan patético espectáculo.

»La muerte del Ilmo. Holowinski, arrebatado en la flor de su edad, es una gran pérdida para los católicos rusos. Este celoso pastor habia llegado á proporcionar á su grey muchos y grandes bienes, á través de las mayores dificultades y obstáculos con que un obispo puede tropezar. Por lo demás, la iglesia de Mohilew no estará mucho tiempo privada de pastor, á lo que parece; pues se ha empezado ya á proceder á la eleccion de sucesor.»

Del *Univers*, periódico de Paris, tomamos lo siguiente, escrito con motivo de una obra que acaba de publicarse en Francia con el título de la *Cruz y la Espada*:

«En cuanto se resolvió la guerra, dos hombres de corazon que se conocian y apreciaban, muy superiores ambos á todas esas dudas, á todos esos odios miserables, tuvieron el pensamiento de asegurar á nuestros soldados los socorros de la religion. Sacerdote el uno de ellos, estaba convencido de que los de su hábito serian perfectamente recibidos en los campos; militar el otro, sabia de antemano que allí habian de ser muy útiles. Cuando el P. de Ravignan escribió al mariscal de Saint-Arnaud para recordarle aquel objeto tan importante, el mariscal le contestó: ¿Cómo habeis podido creer que yo no hubiese pensado en esto? Lo que me pedís está ya hecho. Ambos habian comprendido el sentimiento del ejército, el sentimiento público. Gracias á Dios, hay siempre hombres que conocen mejor la opinion pública que los que pretenden dirigirla. «Cien tenderos de Génova, decia el con-

»de de Maistre, me harian menos impresion respecto á lo que conviene ó »deja de convenir á su patria, que la »casa nada mas de Brignole.»

»La presencia de algunos sacerdotes en nuestros campos ha manifestado á la misma Francia lo que es, y lo que vale siempre, á despecho de sus convulsiones políticas y de su produccion literaria. ¡Se la repite tanto que es incrédula, aparenta ella estar tan persuadida de ello algunas veces! ¡Pues bien! Lo cierto es que en sus masas, en su fondo esencial es cristiana, y que se la hace violencia alejándola de Dios. Cuando cesa la presion del respeto humano, el instinto religioso, aunque debilitado por las pasiones y descantillado con pérdida maestría por la educacion, obra inmediatamente; y el alma se eleva hácia Dios como la planta que se habia doblado á la fuerza se levanta en direccion del aire y del sol. Esto es lo que se ha visto en seguida en ese ejército de Oriente, que tuvo que sufrir desde luego tan horribles pruebas. Atacado del cólera, diezmando antes de acercarse al enemigo, se sintió cristiano y católico. Acostado el guerrero en los hospitales improvisados de Gallípoli y de Warná, llevaba su mano helada á la medalla de la Santísima Virgen, que una madre ó una hermana le habian puesto en el cuello, y se la enseñaba al sacerdote que atravesaba aquella desolacion distribuyendo el perdon de Jesucristo. Qué palabra podia decia mejor: ¡Yo soy cristiano y católico! Desde aquella época las relaciones de los capellanes del ejército y las de las Hermanas de la Caridad están perfectamente acordes: ni un solo soldado ha reusado los socorros de la religion; los oficiales les han dado ejemplo pidiéndolos. La muerte, dice Bossuet,

revela el secreto de las corazones. ¡Cuántos hombres son cristianos sin saberlo, ó cosa casi mas estraña aun, sin atreverse á manifestarlo! Por una parte, el peso de la vida cristiana tan insoporable cuando no se conoce; por otra, aquella terrible aprension á ser objeto de befa, aquel temor de no poder responder á unas objeciones cuya debilidad no hace uno sino presentir, retienen esteriormente en la incredulidad á unos espíritus que ella desola y que Dios atrae. Pero las soluciones materialistas con que se contentaba uno hace medio siglo, no prevalecen ya, cuando la misma muerte, estableciendo el problema ante el alma humana, no la deja sino un instante rápido para elegir. Se quiere morir como cristiano; y esto no es por un cálculo de probabilidades que se hace en aquel momento supremo, sino por la gracia de lo Alto. Es cosa manifiesta, hace sobre veinte ó treinta años, que un soplo de Dios mezcla, si es que puede hablarse de este modo, una suma mayor de verdad en el aire respirable de los espíritus. A Dios place que los aproches de la muerte hagan madurar milagrosamente aquellos gérmenes tambien milagrosos depositados en los corazones como sin que estos lo sepau. Este estado del alma, mas frecuente en nuestros tiempos de lo que ha sido quizá jamás, está descrito en pocas palabras por un hombre que ha tenido la dicha y la gloria de tomar la delantera á la muerte. El mariscal de Saint-Arnaud era ya cristiano cuando sus mas íntimos amigos lo ignoraban aun, cuando por decirlo así, tampoco lo sabia él mismo. «Pasaba en mí, le escribia á aquel her-

»mano, á quien tanto queria, alguna
»cosa estraordinaria. El cuerpo, el es-

»tado habia ocasionado un gran desórden
»que habia atacado al principio vital.
»Me he refugiado en la meditacion, y
»de esta he pasado á la oracion. El do-
»mingo comulgaré como buen cristiano.
»Esta conversion te asombrará quizá, y
»verás en mí una gran trasformacion.»
La trasformacion es la misma que hace de un buen oficial un gran hombre de guerra. Basta con presentar bien la batalla y ganarla. El hombre es otro despues de haber hecho su confesion general, así como el militar es muy distinto de lo que era antes, despues de haber ganado una batalla como la de Alma. Mas estas dos operaciones son siempre y á la vez el resultado de un gran trabajo por parte del hombre y de una gran gracia de Dios.

»Así, al principio de la campaña, la gracia de Dios halló dispuesto el noble corazon del general Ney, duque de Elchingen. Era este un hombre de mundo, notable por la elevacion de su espíritu, por el vigor de su carácter y por su esquisita urbanidad. Estaba lleno de vida y de fuerza, y aunque manifestando esteriormente con tanta grandeza como nobleza de ánimo su respeto á la religion, no cumplia, sin embargo, con los deberes religiosos. A pesar de lo dicho, no habia querido que el capellan adicto á su brigada se alejase de su puesto, á pesar de haber sido llamado á Constantinopla por el mariscal. «Tenemos el
»cólera, decia, y no podemos quedarnos
»aquí sin ningun sacerdote.» A los pocos dias fué atacado el general de aquella enfermedad. Pidió que fuese á su presencia el capellan, y dándole la mano delante de su estado mayor: «Tengo
»empeño, le dijo, en que se sepa que
»os he hecho llamar. He cometido la
»falta de vivir alejado de las prácticas

» religiosas. Tengo una mujer que es un
» ángel, y quiero morir como buen cris-
» tiano.» Después de haber recibido la
absolución, cruzó las manos y se las
puso sobre el pecho, ofreció á Dios
el sacrificio de su vida, y le dirigió una
ferviente súplica por su mujer y por sus
hijos. Hé aquí cómo esos corazones ya
cristianos maduran al sol de la muerte.
Al día siguiente, el general Carbuccia
dió el mismo ejemplo que su compañero,
y nuestros soldados plantaban dos cruces
grandes sobre las sepulturas de aquellos
valientes guerreros. Muertos ya, hacían
triunfar en medio de los turcos el signo
sagrado de Jesucristo.

» Oigamos al sacerdote que se encon-
traba allí. Al ponernos delante de la
vista el espectáculo de que fué testigo,
nos describirá el papel que hizo en él.
Diez y ocho mil hombres eran los que
estaban acampados alrededor de Gall-
poli. El cólera se cebó desde un principio
en los que hubieran podido poner un
obstáculo á sus estragos. De cuatro ge-
nerales murieron dos; además siete fa-
cultativos, tres oficiales de la Hacienda
militar, diez y siete enfermeros, el bo-
ticario en jefe y sus ayudantes: hé aquí
las primeras víctimas.

» Yo, dice el P. Gloriot, estaba solo
» entre tantos enfermos. Para confesarlos
» tenía que ponerme de rodillas á su
» lado. Allí comprendí que para salvar
» las almas con Jesucristo, es necesario
» estar dispuesto á sufrir con él la doble
» agonía del cuerpo y del alma. Mi mas
» terrible prueba era el aislamiento en
» que me encontraba: seis semanas he
» estado sin poderme confesar, y viendo
» sucumbir tanta gente á mi lado, no
» tenía ni aun la esperanza de verme
» asistido por un hermano en mis últimos
» momentos. No cabe duda en que Dios

» me conservaba para que pudiera ad-
» ministrar los socorros de la religion á
» tanto número de almas bien prepara-
» das; porque si la prueba ha sido gran-
» de, no lo ha sido menos el consuelo.

» Cuantas veces entraba en aquellos
» sitios de desolacion, oía que me lla-
» maban por todas partes: ¡A mí! decía
» uno. ¡Daos prisa á reconciliarme con
» Dios, exclamaba otro, porque ya no
» me quedan sino unos instantes de vida!
» Otros me apretaban afectuosamente la
» mano, diciéndome al mismo tiempo:
» ¡Cuán dichosos somos de teneros en
» nuestra compañía! Si no os halláseis
» aquí, ¿quién nos consolara en nues-
» tros últimos momentos?» Algunos me
» daban las señas de la residencia de sus
» familias, suplicándome que escribiera
» á sus padres ó parientes diciéndoles
» que ellos habian muerto como buenos
» cristianos. He visto á varios que reco-
» gian las pocas fuerzas que les quedaban
» para buscar en lo mas hondo de sus
» bolsillos algunas monedas que me en-
» tregaban, encargándome que las em-
» please en bien de su alma, cuando
» hubiesen muerto.... Los sentimientos
» de la fé se reanimaban en todos los co-
» razones. Los oficiales eran los primeros
» en recurrir á mi ministerio, y venian á
» buscarme á todas las horas del día y
» de la noche. Algunas veces les oía su
» confesion al trasladarme de un hospital
» á otro; otras les encontraba aguardán-
» dome en las escaleras interiores de
» aquellos edificios. Entonces me sentaba
» en un escalon, ellos se arrodillaban de-
» lante de mí y recibian el perdon de sus
» culpas. Cuando me veian por las calles
» se apeaban de sus caballos, me daban
» gracias afectuosamente, y añadían casi
» siempre: «Sobre todo, si me veo ata-
» cado, no dejéis de venir en cuanto yo

»os envíe á buscar.» Todas las tardes
»teníamos una ceremonia religiosa para
»enterrar á los oficiales. Un dia que tenia
»yo siete ú ocho ataúdes delante de mí,
»y á mi alrededor la plana mayor de
»todos los regimientos, pedí permiso
»para decir unas cuantas palabras. De
»pié, encima de una sepultura, estuve
»hablando casi una hora. Jamás habia
»yo visto otro espectáculo mas tierno;
»de todos los ojos corrian gruesos lagri-
»monés hilo á hilo.»

»Pocos dias antes de sucumbir el mismo P. Gloriot á aquellas fatigas extraordinarias que duraron diez y ocho meses casi sin interrupcion, volvía á escribir:

«Las disposiciones del ejército son es-
»celentes. Yo quisiera poder publicar á
»grito, y dar á conocer á la Francia lo
»que ella ignora quizá, á saber: que el
»ejército francés, ha sabido guardar
»mejor que ninguna otra clase de la so-
»ciedad francesa las tradiciones religio-
»sas. Es cosa evidente para todo el
»mundo que en él es querido el sacer-
»dote y perfectamente visto, lo mismo
»de los oficiales que de los soldados. Yo
»no me atrevo á decir que todos los co-
»razones estén convertidos; pero los es-
»píritus se han reconciliado con la re-
»ligion.»

»Tratando el mismo P. Gloriot de es-
plicarse aquellas disposiciones mas ines-
peradas que sorprendentes, las atribuía
á los ejemplos dados de arriba, á la be-
nevolencia del Emperador hácia los ca-
pellanes, y sobre todo, á una gracia
providencial y del momento. Gracia sin
duda atraída por las oraciones de las
familias cristianas, y secundada por la
dulce influencia de las virtudes domés-
ticas. *Tengo una mujer que es un ángel,*
decía el general Ney; *quiero morir como*
cristiano. ¡ Cuántos misterios de bendi-

cion y de misericordia nos revelan estas
sencillas palabras! Añadamos que Dios
que ama á sus siervos, y que se com-
place con frecuencia en colmarlos visi-
blemente del fruto de sus trabajos, ha
debido hacer mucho para consuelo de
aquellos hombres apostólicos, el P. Glo-
riot, los abates Ferrary, Geslin, Rupert,
y otros varios. Con un corazón magná-
nimo han ofrecido estos hombres sus vi-
das; las han entregado rogando á Dios
que fecundase su sacrificio. ¿Cómo hu-
biera podido producir buen efecto esta
predicacion en actos ó práctica, en unos
corazones formados para comprenderla?
No considerando la cosa sino bajo el
punto de vista del valor, seguramente
no habia de ser vergonzoso para unos
valientes el declararse soldados del Dios
de los Ejércitos, cuando se ve á los que
le sirven especialmente distinguirse por
tanto amor al cumplimiento de su deber.
El P. Gloriot se quedaba solo, sin socor-
ros para sí propio, contra el enemigo
invisible que sembraba la muerte en Gal-
lipoli; el P. Paravere, en Alma, admi-
nistraba á los heridos, recibiendo el
fuego de los rusos, y despues pasaba la
noche acostado junto al cadáver de un
colérico, para persuadir á los soldados
de que el cólera no era contagioso; el
abate Ferrary iba y venia sin cesar para
acompañar á los heridos que se trasla-
daban desde los hospitales de sangre de
la Crimea á los de Constantinopla, y
merecía el hermoso dictado de Apóstol
de los coléricos; el abate Lepavec, al
volver á Francia para restablecer su sa-
lud, descansaba en Atenas, y hallando
allí el cólera en nuestro hospital, se de-
tenia para reemplazar al capellan de
este que acababa de morir; el abate Ru-
pert, instado por todo el mundo para
que descansase, cosa que él mismo juz-

gaba que le era indispensable, permanecía firme en su puesto hasta que al fin sucumbió; el P. de Damas, apenas restablecido, volvía al sitio de donde le habían sacado moribundo. En una palabra; para decirlo todo de una vez mas de la mitad de estos sacerdotes están enterrados á estas horas; y lo sorprendente sería que Dios no hubiese recompensado ámplia y magníficamente unos esfuerzos tan bellos y tan puros.

¿Y qué diremos de las Hermanas de la caridad? Estas han dado al mundo un espectáculo que él no había presenciado nunca. La peste diezma nuestros regimientos; hé ahí que al primer llamamiento acude al sitio del combate una legion de vírgenes que se reparte aquel vasto campo de muerte. A menudo la cura, siempre la esperanza, el consuelo y la misericordia, van á escitar una sonrisa en aquel mar de miserias. Las Hermanas se han sacrificado del mismo modo que los sacerdotes, con el mismo valor, con la misma abnegacion, añadiendo á la intrepidez de su celo, esa alegría del amor, esa gracia de la inocencia, esa compasion, ese inesplicable encanto que es algo mas que la mujer y que la cristiana, que constituye á la Hija de San Vicente de Paul. En todas las cartas de la Crimea y de Constantinopla se habla de las Hermanas: tratándose de ellas, un acento de ternura y de veneracion vibra hasta en los partes oficiales, y sabido es el homenaje que las han tributado nuestros aliados y hasta nuestros enemigos. En Atenas, cuando hubo cesado el cólera en la guarnicion francesa del Pireo, se cebó en la poblacion griega. Las Hermanas no escucharon sino á la caridad, y del mismo modo que se habían sacrificado por sus compatriotas católicos, sé sacrificaron por aquellos

cismáticos extranjeros. El ministerio griego y el ayuntamiento de Atenas las dieron las gracias en unos términos que *El Monitor* publicó con orgullo. Esta circunstancia la ignoraban sin duda los reverendos pastores que, predicando últimamente en Ginebra delante de un auditorio calvinista, se atrevieron á decir que en Francia, en una localidad que no nombraban, las Hermanas se habían negado á asistir á unos enfermos protestantes. *Sepulchrum patens est guttur eorum!* El afecto reciproco de las Hermanas y de los soldados se manifiesta con una dulzura inesplicable. El libro que analizamos está lleno de rasgos de esta especie tan numerosos como encantadores. Cuando muere una Hermana, los soldados son los que llevan el ataud, relevándose por cuerpos, y si es posible por compañías, para que todos tengan el honor de llevar aquella carga. Los soldados piden por favor que se les entierren en el cementerio de las Hermanas. En otras partes, la Hermana pide que se la entierren entre los soldados.

«Venid á verme á menudo, Hermanas, decía en una ocasion un soldado enfermo; cuando os veo entrar en la sala, se me figura ver la Francia y á mi madre.»

»Aunque Dios pretege á las Hermanas mucho mas de lo que uno osaría esperar, han sucumbido una porcion de ellas. En una carta de Constantinopla leemos que en un mes nada mas, nueve habían sido víctimas del tífus, habiendo sido mas de cuarenta las atacadas de esta enfermedad. Han pedido ellas mismas refuerzo por el telégrafo eléctrico, lo tendrán, y habrá emulacion por partir. Con el hacinamiento de los hospitales, diezados ya los capellanes, no pueden con tanto trabajo. Por un término me-

dio, cada uno de ellos tiene á su cargo mil doscientos enfermos. Si no fuesen secundados por las admirables Hermanas de la Caridad, añaden nuestros corresponsales, las tres cuartas partes de los enfermos morirían sin Sacramentos; pero aquellas les avisan; lo tienen todo preparado, y así puede llevarse á cabo aquel formidable trabajo, salvo el sucumbir despues del combate. Respecto á las Hermanas, no tienen sino dos ideas fijas, que se manifiestan alternativamente cuando están delirando: ó sus queridos enfermos, ó el temor de que se dilate su recompensa volviendo á recobrar la salud. San Vicente de Paul les decia á los que tenían miedo á la muerte; «Asistid á los pobres y morireis con tranquilidad.» Las Hermanas, casi sin escepcion, experimentan los efectos de aquella promesa de su bienaventurado padre. Las Hermanas mueren tranquilas y contentas, frecuentemente aun favorecidas con visiones celestiales, tendiendo las manos que han tocado tantas llagas y dulcificado tantos males, hácia alguna aparicion divina que se las sonrie y las hace sonreirse.

(Se concluirá.)

ANUNCIOS.

Para el pueblo de Majadahonda, en este Arzobispado, á tres leguas de Madrid, se necesita un señor Sacerdote, que se encargue del servicio de unas capellanías. Recibirá por ellos dos mil reales anuales, cobrados por meses vencidos. Es preciso que sea confesor, y si es predicador podrá tener alguna utilidad mas. Si es exclaustro cobrará tambien su pension, pues dichos dos mil reales los paga un particular. Si á alguno le conviene puede dirigirse al Párroco del espresado pueblo, ó en

Madrid al Presbítero D. José Montero, Capellan del Monasterio de Religiosas Salesas Reales, que vive Costanilla de la Veterinaria, núm. 4, cuarto bajo de la derecha.

D. Froilan Martin, maestro organero y único organista 1.º que fué en los ex-conventos observantes de San Francisco de Salamanca y Santiago de Galicia, despues de haber anunciado en los papeles públicos las obras que de su profesion ha ejecutado en las principales catedrales de la Península, como registros de su nueva invencion, desconocidos en toda la Europa, colocados en la fachada del órgano mayor de la catedral de Valladolid 53 grullas, en la provincia de Segovia en la villa de Santa María de Nieva 45 grullas en dos registros, y en el de Bernardos el primer registro desconocido llamado el *Gallo*, que compone su mano izquierda 21, y en la derecha 24 grullas; acaba de construir otro órgano de nueva planta y de 54 teclas de estension con dos baterías de lengüetería para el pueblo de Cedillo de la Torre, en la provincia de Segovia, el cual se estrenó el dia de Jueves Santo de este año; al mismo tiempo hizo la prueba del tercer registro de su invencion llamado la *Garza*, desconocido en los órganos de Europa: y así por cuanto los extranjeros nos dan sus anuncios de sus invenciones y maquinaria, sepan que tambien los españoles se los pueden dar de las suyas, tanto en maquinaria como en armonía.

Dicho maestro organero ha trasladado su residencia fija de la villa de Arévalo á Segovia, á donde pueden dirigirse, en carta franca, las personas que gusten valerse de sus conocimientos orgánicos.

Segovia 11 de abril de 1856.—*Froilan Martin.*

MADRID.

IMPRESA DE HIGINIO REÑES, S.

calle de Valverde, 24.